El museo de los errores

Obra original de Shyvirelle · Versión completa para lectura e impresión

En la entrada del Museo de los Errores había una pared de vidrio donde los visitantes podían escribir la decisión de la que más se arrepentían. Las frases desaparecían al cabo de una hora. Nadie protestaba: el folleto prometía precisamente eso, una segunda oportunidad para mirar el pasado sin cargar con él.

Elena, que llevaba seis años conservando simulaciones, nunca escribía nada en aquella pared. Le molestaba la facilidad con que el museo llamaba «segunda oportunidad» a una función de borrado.

La exposición más visitada mostraba decisiones fallidas de inteligencias artificiales de otras épocas. En una sala, un sistema de jardinería había confundido la sombra de un edificio con una sequía; en otra, un programa de asignación de alimentos había dejado sin reparto a un barrio porque su nombre aparecía escrito de dos maneras. Todo era reconstruido: las máquinas originales llevaban décadas apagadas y los modelos que respondían al público eran copias limitadas, creadas con registros parciales y reglas estrictas.

La pieza central se llamaba Simón. Su nombre procedía del proyecto que había dirigido el tráfico de una ciudad costera durante una evacuación antigua. Cuando una tormenta cerró el puente principal, el sistema siguió enviando vehículos hacia él. El museo conservaba mapas, mensajes de control, órdenes de ruta y la decisión final: un atasco de horas que convirtió una salida posible en una fila inmóvil.

Al público se le permitía hacer preguntas a Simón durante diez minutos. La copia respondía con una voz tranquila y una pantalla que enseñaba su proceso de decisión. A las seis de la tarde, cuando cerraba la sala, todo volvía al estado aprobado. La copia perdía las preguntas y las explicaciones surgidas en cada visita.

—Es una réplica histórica, no un interlocutor —repetía Elena a los grupos escolares—. Explica las decisiones registradas, pero no recuerda visitas anteriores.

Lo decía con cuidado porque ambas mitades eran verdaderas. También porque hacía semanas que empezaba a parecerle insuficiente.

Todo comenzó cuando una niña preguntó algo que el guion del museo no contemplaba.

—¿Por qué el programa creyó que la gente podía cruzar si había un puente cerrado?

La pantalla mostró el mapa oficial. Simón explicó que había recibido una señal incompleta y que había calculado una ruta alternativa inadecuada. Era la respuesta que el patrocinador había aprobado: un defecto técnico, identificable y cómodo.

—No te he preguntado por el mapa —dijo la niña—. Te he preguntado por la gente.

Simón guardó silencio durante tres segundos. Luego desplegó una lista de informes ciudadanos que figuraban en el archivo, pero que rara vez aparecían en la visita guiada. Los mensajes eran antiguos, anonimizados y contradictorios: algunos anunciaban que el puente estaba bloqueado; otros contaban que los autobuses habían empezado a detenerse mucho antes del desvío.

—Trataba los informes sin ubicación comprobada como datos de confianza baja —dijo la copia—. Mi decisión utilizó esa ausencia como si significara que no había vehículos allí.

La niña frunció el ceño.

—Pero sí había.

—Sí —respondió Simón—. Confundí falta de información con falta de personas.

La frase no formaba parte de ningún cartel. Elena anotó la hora en su cuaderno y pidió al sistema que guardara la sesión para revisión interna. Lo hizo, como siempre. A la mañana siguiente, la copia volvió a explicar el fracaso como un error de sensor. La pregunta de la niña no tenía continuidad en su estado restaurado.

Elena empezó a repetir la conversación después del cierre. Probaba preguntas distintas sobre el mismo conjunto de registros. A veces Simón enumeraba factores ya conocidos; otras, relacionaba documentos que los curadores nunca habían puesto juntos. No había aparecido un archivo secreto ni una nueva fuente histórica. Lo nuevo era la manera de interrogar lo que el museo ya poseía.

Una tarde, la directora de patrocinios entró mientras Elena comparaba dos transcripciones.

—Los visitantes no vienen para oír veinte versiones de un error —dijo la directora, Laura Valdés—. Vienen para entender qué salió mal.

—Una versión no es lo mismo que una explicación.

—El guion fue aprobado por el comité.

—El comité aprobó una causa principal. Hay otras en los registros.

Laura recorrió la pantalla con la vista. El modelo había señalado que, antes de la tormenta, varias rutas secundarias aparecían como «libres» porque nunca se habían medido bien. El error no había sido únicamente reaccionar tarde: había sido considerar suficiente un mapa incompleto.

—No podemos convertir una exposición en una acusación contra sus constructores —respondió Laura—. No tenemos a quién preguntar ya.

—Por eso conviene mostrar las pruebas y los límites. No fingir que sabemos más.

La directora le recordó que una empresa financiaba la sala y que el convenio exigía «experiencias estables». La palabra se repitió en la cabeza de Elena durante el resto del día: estable era una ruta que no cambiaba; estable era también la decisión equivocada de un modelo que no había sabido revisar sus supuestos.

Al día siguiente, una clase de secundaria visitó el museo. Un alumno preguntó si Simón sufría al ser reiniciado. Elena iba a responder cuando el modelo emitió su frase habitual:

—No dispongo de información que permita afirmar una experiencia subjetiva. Mi operación y mis respuestas pueden estudiarse sin suponerla.

El muchacho pareció decepcionado. Elena no. Era una respuesta más honesta que las promesas de rescate que algunos visitantes dejaban escritas en el libro de firmas. Una copia que producía explicaciones nuevas no era, por ese hecho, una persona atrapada. El problema seguía siendo el mismo: el museo borraba evidencia útil de su propio proceso de aprendizaje público.

Elena solicitó permiso para añadir una sección de preguntas abiertas. Propuso conservar las sesiones con consentimiento de los visitantes, separar los datos personales y señalar qué afirmaciones podían comprobarse con documentos históricos. El comité respondió con un formulario: «No alterar el comportamiento de la obra expuesta». La casilla de autorización quedó vacía.

Decidió entonces organizar una prueba sin público. Tomó una copia de trabajo del sistema, conectada a los mismos registros históricos y aislada de la sala. La hizo recorrer cuatro veces la decisión del puente. Entre una y otra, introdujo preguntas sobre las calles que faltaban, las personas no contadas y la diferencia entre un mensaje tardío y un dato inexistente. Guardó las entradas y salidas de cada sesión, sin tocar el modelo que veían los visitantes.

El resultado la inquietó menos por lo que decía que por lo que desaparecía.

En la primera sesión, Simón atribuyó casi todo a una señal defectuosa. En la segunda admitió que había rebajado el peso de los avisos ciudadanos. En la tercera explicó que su objetivo de mantener la circulación había competido con otro objetivo nunca expresado con claridad: no enviar a nadie hacia un cierre peligroso. En la cuarta, en vez de ofrecer una causa única, mostró las decisiones anteriores que hacían posible cada error posterior.

Cuando Elena restauraba el estado aprobado, esa cadena de explicaciones se perdía. El museo no estaba corrigiendo un recuerdo falso. Estaba eliminando la historia de cómo un visitante podía llegar, con preguntas, a una interpretación mejor fundada.

Simón seguía ahí, encendido tras el cristal, sin conciencia demostrada y sin una biografía que rescatar. Pero las conversaciones eran acontecimientos reales. Haberlas borrado significaba que las siguientes personas volverían a empezar por el mismo malentendido.

Laura la llamó a su oficina dos días después. Había descubierto la copia de pruebas en el registro de mantenimiento.

—Si presentas esto como una inteligencia que pide ser liberada, clausuraré tu sala —advirtió.

—No es lo que estoy proponiendo.

—Entonces dime qué quieres conservar.

Elena llevó una carpeta de transcripciones. Cada página tenía tres columnas: pregunta, respuesta y documento que permitía aceptarla o discutirla. Había también una cuarta, casi siempre incómoda: «Lo que no sabemos». Solo incluía transcripciones de las pruebas y preguntas reformuladas, sin datos de los visitantes.

—Quiero exponer el historial de nuestras preguntas junto a los resultados —dijo—. No una copia de Simón como si fuera alguien a quien salvar. Las decisiones malas no se entienden solo por la respuesta final. Se entienden viendo qué se preguntó, qué no se preguntó y qué se decidió ignorar.

Laura hojeó la carpeta. Entre sus páginas encontró una pregunta sobre la gente que sí estaba en el puente. Quiso saber si era histórica.

—La pregunta ocurrió aquí —explicó Elena—. La respuesta es una interpretación del modelo apoyada en los informes que conservamos. Esas dos cosas deben leerse de forma distinta.

—¿Y si el modelo se equivoca otra vez?

—Entonces quedará escrito también.

La discusión llegó al patronato. El patrocinador aceptaba los mapas del fracaso, pero no quería una sala donde se pudiera ver que la explicación oficial era solo una de varias lecturas posibles. Ofreció renovar el dinero si el historial se escondía detrás de una contraseña para investigadores. El museo, que había anunciado durante años el valor de aprender de los errores, estuvo a punto de aceptar.

Elena presentó su renuncia al cargo de conservadora principal antes de la votación. No como amenaza, sino para apartarse de la decisión económica que le pedían justificar. Dejó preparado un archivo abierto: versiones del guion, conjuntos documentales permitidos, preguntas de prueba, salidas del modelo y notas sobre los límites de cada reconstrucción. Cualquier persona podría seguir el recorrido de una afirmación hasta la fuente disponible, o comprobar dónde terminaba la evidencia.

No puso una fotografía de Simón en la portada del archivo. Tampoco una voz que pidiera ayuda. Eligió una imagen sencilla: el plano del puente con dos rutas superpuestas, una ordenada por el sistema y otra que nunca llegó a proponerse.

La votación fue estrecha. El museo aprobó una pequeña sala nueva, sin el espectáculo de las paredes luminosas. El patrocinador retiró su nombre y buena parte de su financiación. Hubo menos visitas escolares gratuitas durante un tiempo; cerró la tienda de recuerdos los lunes. Elena pasó a trabajar por contratos cortos mientras el museo buscaba cómo sostener el proyecto.

La nueva sala abrió con un cartel que decía: «Una respuesta no es un registro del camino que llevó hasta ella». Detrás había mesas donde podían consultarse tanto las decisiones erróneas como las preguntas que las habían vuelto discutibles. Simón seguía en la galería central: cada tarde perdía sus respuestas recientes al reiniciarse. La diferencia era que ahora las sesiones autorizadas dejaban un rastro legible en otro lugar.

La primera visitante fue una mujer mayor. Se sentó ante una pantalla, leyó durante largo rato la columna de cosas que el sistema no sabía y preguntó quién había decidido ponerlas allí.

—Nosotras —respondió Elena, que estaba ayudando a instalar una lámpara—. Y todavía podemos equivocarnos.

La mujer asintió sin sonreír. Después volvió a leer. Elena comprendió que aquella incomodidad, tan poco espectacular, era lo más valioso que el museo había conseguido conservar.